



MÁSCARAS DE CARNAVAL

Pedro Serrano Rubio

MÁSCARAS DE CARNAVAL



Primera edición: noviembre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pedro Serrano Rubio

ISBN: 978-84-18097-08-9

ISBN digital: 978-84-18097-09-6

Depósito legal: M-36261-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para ti

ÍNDICE

#Amiga.....	11
#Amici.....	23
I <i>Erasmus Mundus</i>.....	35
#Mamma.....	43
Se hace al andar (Primera parte).....	49
#Entrevista.....	57
Se hace al andar (Segunda parte).....	69
#Los Otros.....	75
Lares y penates.....	89
#Falso prólogo.....	99
II Nuevas luces De cómo conocí al verdadero B.....	111
Conclusión.....	125

#AMIGA

En Madrid el paso al invierno es brusco. Muy brusco. De pronto, llega un día en el que un viento huracanado arranca las hojas ocres de los árboles del Paseo del Prado. Un día en el que andar por la calle se convierte en una aventura, en un baño de hojas, en una lluvia incesante y divertida, sobre todo cuando la compartes con alguien.

Han pasado dieciocho años desde la última vez que estuve en este café. La última vez fue contigo y el día era muy parecido al de hoy. Supongo que hay cosas que no cambian, que son eternas. Árboles centenarios, piedras y montañas que ven pasar los años inmutables. Suelos que pisaron siglos atrás legiones romanas, cielos plagados de estrellas que guiaron a bravos marineros y días ventosos como hoy, que disfrutaron emperadores en la Villa de Madrid. Yo sí he cambiado. Desde aquel fatídico 15 de mayo ninguno de nosotros somos los mismos. ¿Cómo serlo? Dieciocho años son muchos. Me pregunto cómo serías ahora, ¿hijos?, ¿trabajo? Te echo de menos. Hay días especiales en los que por alguna razón me vienes a la mente en el desayuno, al entrar en mi despacho o leer un artículo en el periódico. Hoy es uno de esos días y por eso estoy aquí.

En este café pasé una de las mejores tardes de mi vida. Aquí me sentí a salvo junto a ti, este café fue un refugio donde conversar se convirtió en un arte. Encontrar a alguien con quien charlar es un objetivo en sí mismo y no un simple medio de transmitir un mensaje, no es nada fácil, y tú eras así. Por eso estoy aquí J., y por eso

hoy te escribo aunque ya no puedas leerlo, aunque estés lejos y no me recuerdes. Aunque hayas muerto.

Me costó mucho decirlo, ¿sabes? Tardé años en pronunciar la palabra maldita, la sentencia irrefutable. Supongo que me resistía a renunciar a ti e ir perdiendo tu rostro en mi memoria, a que cada día que pase se borre una historia o un rasgo de tu cara sin el que ya no es lo mismo. Y no vuelva. Jamás.

En realidad, no pasábamos tanto tiempo juntos, los días que compartíamos eran contados, nos veíamos poco pero siempre resultaba intenso. Tú eras así, pasabas como un tifón arrasador. Llegabas, destruías todo y te ibas sin dar señales de vida, inalcanzable, inabarcable, impredecible.

Hay un día que recuerdo con especial cariño, un día en Barcelona, ¿te acuerdas? Después de acabar el colegio llevábamos mucho tiempo sin vernos. Quizás un par de años en los que no supimos nada el uno del otro. Tú prometiste escribir, yo visitarte. Pero el tiempo pasó y siempre se interponía algo entre nosotros. Uno de los dos no podía cuando el otro estaba disponible. Y luego, el dinero. El maldito dinero siempre jodiendo. ¿Por qué no ahorraría más para ir a verte? Las vacaciones eran siempre escasas y los vuelos demasiado caros.

Ese día en Barcelona lo último que me hubiese imaginado era encontrarte. Por eso quizás sea mi recuerdo favorito. El que me resisto a olvidar y del que no quiero separarme jamás. Es el recuerdo con el que me aferro a ti.

Te habías dejado bigote y tardé en reconocerte pero eras tú. Estaba segura. Tumbado en una silla, igual que cuando nos sentábamos juntos en el colegio, cuando nos llamaban la atención por hablar demasiado, por ese murmullo zumbón que tanto molestaba al profesor. Eso éramos, un par de zánganos. Tumbado, y con un libro en la mano, apurabas tu *cappuccino*, «disfrutar de un café se merece espuma, azúcar y tiempo. Nada de tragarlo como un chupito de Jäger» ¿Existía ya entonces el Jäger Maister? Tú, tu *cappuccino* y una novela de bolsillo que no acabo de recordar. Un autor

de los tuyos. Gran clásico apenas descubierto. Tú y tus «clásicos» despreciados, olvidados por todos, que te empeñabas en rescatar alargando su recuerdo un poco más. Estirando su inmortalidad.

Así es como te recuerdo. Inesperado pero inmutable. Impredicable pero siempre presente. Así te encontré en Barcelona *cuando aún éramos jóvenes y no importábamos más que nosotros.*

Si te digo la verdad no alcanzo a recordar de qué hablamos. En mi cabeza se agolpan imágenes, quizás de otras conversaciones, en otros entornos, definitivamente en otras ciudades. Risas. Gestos con las manos y las cejas. Abrazos, susurros y miradas que no pueden pertenecer solo a ese encuentro, pero que, con el tiempo, se han ido acumulando todos en un solo instante, en un bar de Barcelona. Como si de una película se tratase, mis recuerdos de ese momento no tienen voz sino música. Una música en la que la orquesta comienza con un *adagio* suave, uno de esos ritmos lentos y elegantes que inspiran a mover las manos como un director sin saber bien por qué, a bailar un vals, convencidos de estar en el Grand Hotel de Viena. Esta música suave, como seguro fue nuestra conversación, sirve como telón de fondo a nuestras caras, jóvenes y apuestas, que poco a poco se alejan. Ese eres tú. Ese serás en unos años, cuando el resto de los recuerdos se vayan difuminando y el agua del tiempo diluya los colores de la pintura de la memoria. Tú serás una sonrisa en Barcelona cuando más la necesitaba.

Quizás no lo recuerdes tan bien. Yo estaba allí por un concurso de piano. Una exhibición programada por el conservatorio en la que estudiantes de toda España competían y donde el verdadero premio era un artículo positivo en alguna de las revistas acreditadas. Corresponsales europeos poblaban las salas y podían conseguir que mi nombre comenzase a sonar en algún remoto país de Europa. Un artículo que allanase la dura carrera artística que aún solo intuía por delante. Y ahí estaba yo. Sin saber bien por qué, arrastrada, como siempre en esa época, por la corriente. Haciendo lo que se esperaba de mí sin preguntarme nada.

La representación no había ido nada bien. En algún punto del tercer compás la cagué, mis dedos fallaron, resbalaron y dijeron adiós. Los nervios tomaron el control de la situación, las articulaciones y el cerebro. El sistema nervioso dejó de funcionar como debía. El meñique izquierdo se atrancó. Dije *ciao* a la recibida triunfal en Barajas, *ciao* al artículo en la revista vienesa, *ciao* al concurso de piano.

Pero me dio igual, porque en ese viaje te encontré a ti. Porque quince años después no recuerdo qué tema toqué ni qué compositor lo escribió. Recuerdo el compás, el dedo que falló y las sensaciones que me inundaron solo porque te las conté a ti, porque formaron parte de nuestra conversación. De nuestro mejor recuerdo.

Hoy ha pasado ya demasiado tiempo desde entonces, seguro que ese día para ti no fue tan importante. A veces la simetría, que tanto valorabas, no se cumple, la mayor parte de las veces las personas no sienten lo mismo, sus encuentros y emociones se miden en distintas escalas. Para las emociones no existe el Sistema Internacional. Recuerdo que esto te preocupaba especialmente cuando aún estábamos en el colegio y nuestras inquietudes no tenían ninguna importancia, ya entonces hablabas de temas como este. Siempre te interesaron las relaciones humanas y el recuerdo, la memoria. Entonces había días en los que no hablabas una palabra, solo pensabas, y, de repente, yo miraba alrededor buscándote en clase y ya te habías ido. A pensar decías, solo. Solo sin tilde, como se escribía antes. Otros días, sin embargo, por lo que fuese, estabas más animado y no callabas. Esos días eras el centro de atención. Recuerdo tu cara cuando te sentías así. De tus ojos saltaban chispas capaces de incendiar el Amazonas, esos días yo no me quería separar de ti, ninguno queríamos. ¿Eras consciente?

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos y hoy sentía que tenía que contarte un millón de cosas. Como bien sabes, escribir siempre me ha sentado bien. Cuando me asalta el estado febril en el que tengo que agarrar un boli y un papel nada importa. Hay días en los que me despierto con la sensación de que

si no plasmo mis sentimientos en blanco sobre negro colapsaré y como si de un ordenador se tratase me reiniciaré. Hoy es uno de esos días y todos mis pensamientos, esta mañana, se dirigían hacia ti. Hay tantas cosas que quisiera contarte.

Estoy casada.

Ocurrió hace tres años, Juan, mi marido, es encantador. Le conocí en el trabajo. Cuando me di cuenta de que mi carrera como concertista de piano había llegado a su fin empecé a dar clases. Uno de los chavales a los que enseñaba era su hijo Santi, y así nos conocimos. No fue nada del otro mundo, lejos de ser un flechazo de esos que estamos acostumbrados a ver en las películas americanas, con Nueva York de telón como fondo, nos enamoramos el uno del otro poco a poco. Al mismo ritmo y sin ninguna prisa, animados por Santi, que con ocho años ejercía magníficamente bien de Celestina.

Para serte sincero, al principio no me parecía nada del otro mundo, era un ingeniero bastante rico y, por lo que parecía, divorciado, que vivía con su hijo en un palacio en Velázquez. Uno de esos ricachones que quieren que su hijo sea un artista, de esos ingenieros con mono de arte, uno de esos intelectuales frustrados, pensé cuando crucé las puertas de su enorme casa. Sin embargo, qué diferente era su hijo, qué bien me caía.

Sabes bien que ese ha sido siempre mi problema, las películas que me monto en mi cabeza antes de conocer a la gente normalmente son tristes, normalmente el susodicho es un malvado digno de una peli de superhéroes de sábado noche, y Juan, desgraciadamente, no fue una excepción a mis curiosos procesos mentales. Igual de bien sabes que estas primeras impresiones son muy susceptibles de cambio y, de hecho, la mayor parte de las veces cambian. Juan tampoco fue una excepción en esto.

La primera semana de clase no le vi el pelo, yo había llegado gracias a la agencia en la que trabajo, que se encarga de buscar clientes por todo Madrid. Era la profesora suplente de mi amiga María, que se había ido de viaje a Lisboa y tardaría en volver unos

meses. Propensa a las depresiones, buscó en el fado la alegría que le faltaba y, de hecho, milagrosamente la encontró. Un mes después de su partida me escribió contándome que se casaba con un tal João, estrella de la triste balada portuguesa con el que su vida cobraba por fin sentido, ¿increíble, eh? María no volvió y yo me convertí en la profesora «titular» de Santi.

Como te comentaba, la ausencia del padre en el hogar la achacué, cómo no, a una despreocupación filial. Pensé que Juan sería uno de esos ejecutivos a los que sus hijos les importan tres pepinos y viven para su trabajo. Nada más lejos de la verdad. Más tarde descubrí que todas las mañanas Juan llamaba a su hijo para desearle suerte en el cole y, a las nueve en punto, sin saltarse un solo día, le daba las buenas noches con lo que llamaba un beso mojadito, un ruido extraño al teléfono que suena más como una pedorreta que como un beso propiamente dicho. Juan es así, quiere a su hijo más que a nada en el mundo, pero yo no lo sabía por aquel entonces.

Nada más volver de su viaje a Hamburgo me entrevisté con él para comentar qué tal le iba a su hijo. Con ocho años, te puedes imaginar que el pequeño Mozart no se podía decir exactamente que tocaba el piano, más bien lo aporreaba sin misericordia, su oído era pésimo y su sentido del ritmo brillaba por su ausencia.

—Señorita Sánchez, un placer conocerla por fin.

—Llámeme Rocío, por favor.

—Sí, sí claro, lo siento —dijo ruborizándose.

Pensé que si era así como negociaba contratos millonarios no debía ser un buen negociador. Era guapo, eso sí recuerdo pensarlo la primera vez que le vi, con el pelo corto y entrecano, vestía una elegante chaqueta de *sport* y unos vaqueros oscuros, iba perfectamente afeitado y los rasgos duros de su rostro me recordaban a los de un general romano, uno fuerte y valiente que, sin embargo, se ruboriza ante la joven profesora de piano de su hijo.

Estábamos en el despacho de su casa, una sala gigantesca que parecía la biblioteca nacional. En ella, los libros estaban perfectamente ordenados, volúmenes valiosísimos y enciclopedias de si-

glos pasados se mezclaban con pequeños libros de bolsillo, a todas luces manoseados en un millón de viajes en avión, de una forma tan visual que parecía deliberada. En su escritorio, *El mundo de ayer* estaba abierto por la mitad y reposaba junto a *El Aleph*. Recuerdo que me sorprendió leyendo el título de los libros.

—¿No son precisamente gemelos verdad?

—No, para nada —dije sonriendo.

—Son mis dos autores favoritos, los releo con asiduidad, sin embargo *El Aleph* me parece sobrevalorado.

—¿Sí?

—Sí, en mi opinión tiene relatos mucho mejores, me gustan los de cuchilleros como *El Sur*, por ejemplo. Ese es mi preferido.

— Yo, en cambio, creo que *El Aleph* es un reflejo certero de Borges, un cuento febril y místico, irreal, fuera de los mortales, como era él.

Qué idiota, pensé. El primer día de trabajo, la primera entrevista con mi jefe y me pongo a darle leccioncitas, a un hombre con más libros que el Papa. Cuando se hizo el silencio, recuerdo que pensé que aquel techo, que parecía a kilómetros de distancia, iba a caer irremediablemente encima mío, que moriría aplastada en ese palacio madrileño sin ninguna duda. Pero, de pronto, sonrió.

—Tiene usted toda la razón Rocío. Por eso siempre los guardo juntos, la lucidez germánica de Zweig y el delirio meridional de Borges son dos caras de la misma moneda.

En ese momento no entendí lo que quería decirme, solo más tarde, cuando nos conocimos mejor y me mostró sus dos caras, comprendí que era de él de quien me hablaba. Juan puede ser más meridional que un torero y más frío que Merkel.

El resto de la reunión fue como la seda, cada palabra que decía sonaba precisa en su discurso, como un bisturí en manos expertas, conseguía tu atención, embaucaba como un encantador de serpientes sin acaparar la conversación, preguntaba interesado qué opinaba de Santi, de Mozart o de Rachmaninov, pero también sobre el Atleti o mi marca preferida de cerveza. Juan es un hombre

con mil registros y, aunque no ha querido reconocerlo aún, creo que ese día me examinó como quien pone a prueba a un coche de carreras, testando todas y cada una de mis facetas, frenando y acelerando sin compasión. Pero como tú solías decir yo siempre he sido un Ferrari y creo que ese día gané la carrera. Salí de casa exhausta sin saber bien por qué. Con ganas de que llegase ya el próximo martes y volver a ver a aquel extraño cónsul romano.

La primera impresión, si bien no sirvió para enamorarme perdidamente, consiguió cambiar mi opinión sobre él. No era un egocéntrico ricachón. Era culto, de conversación agradable, conseguía hacerte sentir como en casa, parecía sincero. Alguien, desde luego, que irradiaba confianza en sí mismo y, como sabes, eso a las mujeres nos encanta.

Las siguientes semanas, Juan pasó mucho más tiempo en casa, a veces incluso se «escapaba» del trabajo, como solía decir, para recibir él también alguna lección de piano. Le sorprendía sonriendo cuando levantaba la vista con un error de Santi, le divertía que el pequeño patricio pusiese a prueba mi paciencia. Mis caras, tratando de controlarme tras el décimo intento del pobre niño, que no daba una, eran su espectáculo privado.

Después de las clases, tomábamos un café y hablábamos. Poco a poco noté que se ausentaba cada vez más del trabajo, que sus sonrisas eran más cálidas, poco a poco noté que se iba enamorando de mí. Me di cuenta porque a mí me sucedía lo mismo; por cada vez que le pillaba mirándome, había dos en las que él me sorprendía a mí. Nuestros cafés cada vez fueron más largos, nuestras conversaciones pasaron al sofá y dejaron atrás la gran mesa de roble que se interponía entre nosotros. Poco a poco los dos fuimos descubriendo facetas ocultas a simple vista y fue así como nos enamoramos perdidamente el uno del otro.

Juan y Santi se han convertido en lo más importante de mi vida ahora. Cuando tú te fuiste pasé unos años francamente malos, me costaba relacionarme con la gente, comparaba a todos contigo: «J. nunca habría dicho eso, J. se hubiese reído con esto, J...». Eras más

importante para mí de lo que pensaba, siempre había imaginado un futuro en el que tú tomabas un papel principal, donde cumplías las esperanzas que todos teníamos puestas en ti, y un rato a la semana recordabas los viejos tiempos con tus amigos de toda la vida, conmigo. Por eso, aunque no nos viésemos mucho, tu ausencia fue un golpe durísimo del que Juan me ayudó a levantarme.

Poco a poco la confianza en el otro fue creciendo, nuestras conversaciones en el sofá no solo trataban de temas generales, hablábamos de nuestras vidas, de su exmujer y de mi carrera de piano. Un día hablamos de ti y creo que fue entonces cuando decidí que quería pasar el resto de mi vida con Juan.

Comentábamos la edad del pavo, el miedo que tenía Juan a que su hijo se volviese idiota y la risa incontrolable que inundaba esos años de adolescencia en el colegio, cuando todo era divertido. Esa época te pertenece. Entonces yo estaba locamente enamorada, inexplicablemente, esperaba ansiosa las horas de clase para estar junto ti. Y hablar. De cualquier cosa. Esperar el comentario estúpido de la profesora, de Jacobo, el gracioso de la clase, ¿te acuerdas de él? Irremediablemente, en ese momento, tuve que darle a Juan la llave del cofre más recóndito de mi corazón, le hablé de ti.

—Pues yo, en esa época, era muy feliz —dije en una de nuestras conversaciones.

—¡Todos lo éramos! A veces, incluso, demasiado —me respondió Juan.

—¿Se puede ser *demasiado* feliz? Vamos hombre...

—Mira Ícaro, por querer acercarse al sol acabó bien chamuscado.

—Eso no tiene nada que ver, Ícaro nos enseña el peligro de la ambición desmedida no de...

—La caída de Ícaro fue desde lo más alto. Por querer ser *demasiado*, se quemó; sus preciosas alas se incineraron a la luz del sol. Ícaro era demasiado ambicioso y durante un instante fue muy feliz, sin embargo, su caída se produjo desde mucha altura y no pudo sobrevivir. Un conformista no sufre como Ícaro.

—Pero tampoco alcanza su felicidad.

—¿Cuánto vale esa felicidad?

A menudo me hacía esa pregunta, ¿habían valido la pena los años que compartimos por el sufrimiento de no tenerte? Algunos días pensaba que, definitivamente, no, no merecían la pena. Lloraba arrepentida de haberte conocido, tu falta era muchísimo mayor que tu presencia cuando aún estabas con nosotros; si no nos hubiésemos conocido todo mi sufrimiento se esfumaría, a pesar de que no habría sabido lo que es el primer amor, la admiración sincera, la espera eterna por un encuentro fortuito en un bar de una ciudad que no era la mía; a pesar de que todo eso sería desconocido para mí, preferiría no haberlo vivido. Otros días, sin embargo, pensaba todo lo contrario, que si no te hubiese conocido mi vida estaría vacía, faltaría algo, la última ecuación de un sistema que se convierte en irresoluble sin ella, *compatible indeterminado* lo llaman. Una vida compatible pero indeterminada es la que hubiese llevado si no te hubiese conocido. Eso pienso algunos días. Eso pensaba entonces.

—Definitivamente no. Más vale quemarse las alas junto al sol que disfrutar de una vida larga con los pies en la tierra —dije después de un momento de reflexión.

—Estoy de acuerdo. Has sido determinante. Una sentencia irrefutable, parece algo sobre lo que pienses habitualmente —me contestó.

Así es Juan, muchas veces adivina mis pensamientos y, sin embargo, no me fuerza a compartirlos, simplemente insinúa, da el empujoncito necesario para que sueltes todo lo que tienes dentro. Juan sabe escuchar, y eso es una de las cosas que más me gustan de él, por muy fuerte que sea su certeza de que algo pasa, insinúa, no pregunta, anima, no fuerza. Juan es paciente y sabe elegir el momento. Ese era mi momento, y el cofre del que te hablaba se abrió, el payaso unido al muelle saltó y con él todo lo que había escondido. Todas las historias antiguas y los sentimientos que hasta entonces no había compartido con nadie, por no tener la oportunidad, pero también por celos. Quería que nuestros recuerdos fuesen

solo nuestros, no quería compartirlos con nadie porque pensaba que así algo se escapaba, como si al mencionarlo con las palabras, con el aliento que salía de mi boca, se fuesen también nuestros recuerdos. Sin embargo, qué ganas tenía ese día de hablar, qué a gusto me quedé, que liberación sentí.

Durante cerca de cuatro horas, Juan escuchó un monólogo interminable sobre cómo eras, lo que me hiciste sentir y cómo de importante seguías siendo para mí. Juan aguantó estoico mientras le contaba cómo habías sido mi primer amor, quizás el único que tendría jamás. Escuchó lo mal que lo pasé cuando recibí la noticia de tu fallecimiento, lo difícil que fue para mí aceptar que te habías ido, y cómo, aun ahora, cuando entraba en un restaurante, te buscaba instintivamente con la mirada, escrutando a los comensales para comprobar que no estabas ahí. Con tu *cappuccino* y tu novela barata.

Al acabar, me abrazó.

El discurso había sido larguísimo, me había dejado absolutamente agotada y aquel abrazo era todo lo que necesitaba, mejor que una nube, que una tonelada de algodón sobre la que reposar, fue su pecho en ese abrazo. Un tiempo después, me di cuenta de que Juan era el hombre de mi vida, porque en ese momento no servían las palabras. Tras ese largo abrazo buscó una manta, apagó la luz y me dejó ahí, durmiendo en su sofá de la calle Velázquez. Fue un sueño profundo, me sentía tan cansada como si hubiese corrido la maratón, tenía la sensación de haber perdido diez kilos de peso y dormí el sueño de los justos. A la mañana siguiente, me despertó con el desayuno: «Hoy no tengo mucho trabajo», dijo. Dimos un paseo por el Retiro como si nada hubiese pasado y nos besamos por primera vez frente a la estatua del Ángel caído.

Tenía ganas de contártelo porque, aunque ya no estés, sentía como si tuviese un secreto que ocultarte. Es difícil expresarlo con palabras, pero a pesar de lo feliz que soy con Juan, siempre he tenido la sensación de que, de alguna manera, te estaba siendo infiel, al menos al no contártelo. Sabes que nunca fui demasiado religiosa,

las inquietudes espirituales nunca han arraigado con fuerza en mi interior, pero después de lo que te pasó creo que algo se encendió y ahora me resisto a creer en lo definitivo de la muerte. Siempre fuiste mi mejor amigo y creo que te merecías un trato mejor del que te he dado estos años, que te contase qué había sido de mí, dedicándote el tiempo que no tuvimos, eso es lo que necesitaba hacer hoy, y ahora me doy cuenta.

Se ha hecho de noche y una vez más nuestra conversación ha pasado volando. Me voy, pero con la promesa de volver cuando el cuerpo me lo pida y necesite hablarte, espero que no me lo tengas en cuenta y que te cuides ahí donde estés.